

perador Moctezuma venian otros varios edificios reales, destinados á objetos notables de diversa naturaleza. Entre esos edificios descollaban dos, en los cuales se encontraban colocadas, con órden notable, todas las armas ofensivas y defensivas que entre aquellas naciones se conocian. Muchas de esas armas estaban adornadas de oro y pedrería. Allí se veian lujosas rodelas de diversos tamaños de mas ó menos lujo; temibles macanas; espadas de á dos manos, engastadas con hojas de durísimo y cortante pedernal, largas lanzas, arcos, flechas, varas de á dos gajos, hondas y rollizas piedras hechas á mano, pavese, cotas acolchadas de algodón, lujosamente labradas, cascos de madera y de hueso adornados de vistosas plumas, y otra porción de objetos de guerra que llenaban completamente los dos edificios (1).

Asombra la magnitud de los numerosos palacios destinados á la morada y al recreo de los emperadores mejicanos. No se concibe cómo en sesenta y seis años que llevaba Méjico de haber sacudido el yugo de los tepanecas, de quienes habia sido tributaria, pudo llegar á ser la dominadora de todas las demás naciones del Anáhuac, y á levantar palacios que llenaron de asombro á Hernán Cortés y sus soldados.

Cierto es que ese férreo yugo habia sido despedazado por Iztcoatl, cuarto rey de Méjico, en 1425, en que derrotó á su antiguo opresor Maxtlaton, monarca de Azcapozalco; pero también es cierto que las grandes obras de los palacios reales solo se pudieron empezar desde el

(1) Bernal Diaz del Castillo. «Verdadera historia de la conquista de la Nueva-España.»

reinado de Moctezuma I, que subió al trono en 1436, puesto que su predecesor Iztcoatl no pudo ocuparse mas que de afianzar la independencia de su pequeña nación, hasta entonces reducida al sufrimiento y á las vejaciones de los monarcas de Azcapozalco.

Solamente se encuentra la explicación de esas grandes fábricas, levantadas en el corto período mencionado, en el poder que los reyes ejercian sobre las masas inmensas del pueblo. Desde el rey Iztcoatl, la plebe, como tengo repetido, se obligó solemnemente, por ella y por sus descendientes, á ser tributaria del monarca, á trabajar sus tierras y las de los nobles, y á fabricar las casas reales. Pues bien, en virtud de este pacto, los monarcas mejicanos; así como el de Texcoco y todos los señores que gobernaban otros reinos y provincias del Anáhuac, disponian de masas inmensas de hombres, y podian destinar á las obras públicas, á la población entera, sin excluir á las mujeres, como los monarcas del Asia y del Egipto. De esta manera, al lado de las humildes viviendas de la clase trabajadora, se destacaban los soberbios palacios, quintas y jardines de los monarcas y de los nobles; las gigantescas pirámides y los suntuosos *teocallis*, monumentos levantados como por encanto, á expensas del fatigoso trabajo de los pueblos.

La fastuosa grandeza que rodeaba á los reyes y á los señores, inclinaba el ánimo de los vasallos al respeto y casi veneración de ellos.

Nunca se dejaban ver en público sino deslumbrando con el aparato de su riqueza y de su poder. Cuando Moctezuma salia de su palacio para dirigirse á sus quintas de

recreo ó al templo principal, se presentaba en ricas andas de láminas de oro, llevadas en hombros por nobles distinguidos, un bellissimo quitasol de plumas verdes, adornadas con figuritas de oro, le daban frescura y sombra: tres señores principales precedían la marcha, llevando levantadas tres pulidas varas de oro, indicando con ellas al pueblo la presencia del monarca: detrás de las andas marchaban cuatro personajes de elevado linaje, con un vistoso pálio, también de plumas verdes con adornos de oro, para cubrir con él al monarca cuando quisiese caminar á pié, y cerraban la marcha muchos individuos de la nobleza, colocados de dos en dos, y arrimados á las paredes de las casas, en manifestacion de respeto al soberano. Toda esta lucida comitiva caminaba sin levantar los ojos del suelo, con la cabeza inclinada, humillado el cuerpo, y despojado del calzado, para no molestar con sus pisadas los oídos del monarca; éste marchaba vestido con un exquisito manto adornado de piedras preciosas y de finísimo oro, que le colgaba con gracia de los hombros; cubría su cabeza una esplendente corona del mismo rico metal, y calzaban sus piés magníficas sandalias de suelas de oro, sostenidas por cintas llenas de costosa y brillante pedrería.

Ninguno de la régia comitiva se atrevía á levantar la cabeza para ver al soberano; las personas que se encontraban en las calles por donde el rey pasaba, volvían el rostro para no cometer el desacato de mirarle; y todos los individuos pertenecientes al pueblo, se postraban mientras pasaba el monarca. Cuando bajaba de las andas, le daban el brazo cuatro personajes de la familia real, en los cuales se apoyaba; los otros cuatro nobles que llevaban el

pálio, le iban cubriendo para evitar que el sol le ofendiese; varios señores iban barriendo el suelo por delante de él, y otros colocaban finas mantas para que no pisase la tierra.

Moctezuma, lo mismo que los monarcas que le habían precedido en el trono, procuraba tener en continua actividad á sus vasallos. Para conseguirlo, les tenía á unos ocupados en el cultivo de los campos; á otros en la construcción de nuevos templos y palacios; en la reparación de caminos á otros; en ejercicios de guerra á los militares; y á fin de que ni aun los mendigos permaneciesen en el ocio, les impuso el deber de que ^{Tributo de ciertos insectos.} entregasen cierta cantidad de esos insectos asquerosos que se crían en el cuerpo de toda persona desaseada, y que, ocultándose en sus raídos vestidos, se alimentan de su sangre y denuncian su miseria. Para evitar que en ninguna parte apareciesen los que una vez habían sido entregados, se les ponían en sacos de tela muy espesa, de donde era imposible que se saliesen, y se colocaban en un punto separado de los almacenes reales, para arrojarlos, sin duda, en alguna hoguera, que se encendía para ese objeto.

Se ha equivocado el escritor Paw al deducir de esta disposición de Moctezuma, una consecuencia ofensiva para la generalidad de sus vasallos, suponiéndoles devorados por una innumerable cantidad de estos insectos. La obligación de ese impuesto, solo habla con los mendigos, desaseados en todas partes, y tenía por objeto obligarles á cuidarse de sí mismos.

Aquella terrible sujeción en que tenía á los pueblos,

los enormes tributos que pagaban, el rudo y constante trabajo que sobre ellos pesaba, y la severidad con que era castigada la mas ligera falta, producía un descontento general en la clase pobre, pero acostumbrados todos á mirar á sus reyes como divinidades celestes, y á recibir sus mandatos como preceptos santos, sufrían, sin quejarse, sin atreverse á comunicar á ninguno, ni á los mismos de su familia, el menor sentimiento de disgusto contra el soberano.

Carácter de Moctezuma. Al lado de esa tirantez en que Moctezuma tenía á sus vasallos, poseía sentimientos dignos, y tenía rasgos que revelaban un fondo de alma noble y generosa. Compasivo y humano, socorria con frecuencia á los desgraciados; premiaba con largueza los servicios prestados á la patria, y se complacia en favorecer al huérfano y á la viuda. Obsequiando uno de los sentimientos nobles que le dictó su corazón, á la vista de las desgracias de muchos leales súbditos que gemían en la indigencia, convirtió la ciudad de Colhuacan en hospital de inválidos, donde, á expensas del real erario, fuesen atendidos cuidadosamente todos los que habían servido lealmente al reino y que, ya por su edad, ya por sus achaques, ya por cualquiera otra causa, no se hallaban en aptitud de trabajar.

Pero si se complacia en premiar los servicios de los rectos empleados, también sabía castigar severamente las faltas de los que no cumplían con sus deberes. Celoso de la observancia de las leyes, era inexorable en el castigo de los que la transgredían. Algunas veces, para poner á prueba la integridad de los jueces, ponía en juego, por

medio de otra persona, el atractivo de la codicia; y si alguno tenía la debilidad de dejarse seducir de ella, su castigo era terrible y seguro, aun cuando la persona perteneciese á lo mas distinguido de la nobleza.

Aunque la agricultura no podía recibir grande impulso por la falta de instrumentos de fierro y de animales propios para las faenas del campo, sin embargo, el ingenio de los aztecas y la feracidad del terreno, suplían en lo posible aquella falta. Contribuía también á contener en algo el progreso de la agricultura, la falta de varias semillas muy importantes, como el trigo, el arroz, el garbanzo, la lenteja, el haba, el chícharo, la alverja, el alverjon, y algunas otras semillas y legumbres desconocidas entonces en la América; pero en cultivar el maíz, la habichuela, el cacao, el algodón, el maguey, la chia y las diversas verduras en que el país abundaba, marchaban en escala ascendente. En el tejido de las telas de algodón, en la preparación de este, en las obras de mosaico de pluma, en trabajar el oro, la plata y las alhajas, y en la manera de curtir las pieles de venado, tigre, león y de otros animales, aunque siempre se manifestaron diestros, habían llegado, en el reinado de Moctezuma, á ser verdaderamente notables. Sabían dorar las copas de cobre ó de oro bajo, con una perfección asombrosa, dándoles un color brillantísimo que persuadía ser oro de veintidos quilates. Para adquirir este resultado, se valían de ciertas yerbas de que solo ellos tenían el secreto. En la arquitectura, si sus edificios no eran comparables con los europeos, eran al menos los mejores y mas grandiosos de la América, y superaban á los de las poblaciones africanas. Aunque no

habian descubierto el uso del fierro, no obstante de haber bastante abundancia en algunas provincias de aquel pais, no por esto carecian de instrumentos de corte y de labranza, pues lo suplian con el cobre, de cuyo metal hacian hachas, sierras y diversos objetos. No habian hecho menos progresos en la astronomía y en la literatura, que seguian encontrando proteccion en Moctezuma; y el idioma, que era dulce, expresivo y abundante, continuó enriqueciéndose y adquiriendo mayores encantos.

Al mirar los pasos dados por aquellos pueblos en el sendero de la civilizacion, al ver su afan por los adelantos, y al notar su ingenio en las diversas obras de arte, que con acierto trabajaban, no concibo cómo haya autores extranjeros muy apreciables, entre ellos el Sr. Robertson, que les quieran negar la clara inteligencia que tenian. No comprendo, en vista de lo que eran realmente los habitantes del Nuevo-Mundo, como el escritor escocés mencionado, afirma que los indios, por causa de tener un entendimiento en extremo limitado, carecian de ideas generales y abstractas: que su idioma estaba reducido á cierto número de voces indispensables, para explicar únicamente las causas sensibles, y en fin, que eran incapaces de conocer por sí la causa y el efecto.

Sensible es ver que así se niegue á los antiguos habitantes de la América, por hombres justamente estimados en la república de las letras, las bellas cualidades que les adornaban, sin que les perdonen nada de lo desfavorable que tenian.

La civilizacion de las pueblos del Anáhuac, era una civilizacion que empezaba; una civilizacion mezclada con

costumbres duras y terribles: la luz envuelta en sombras que lucha por abrirse paso; pero al fin, civilizacion, que solo el genio, la capacidad y la inteligencia, conciben y emprenden.

Estado
de las minas.

En lo que puede decirse que no habian hecho adelantos ningunos, era en el trabajo de las minas. Y no es que no ambicionasen la posesion de los ricos metales. El oro y la plata eran los objetos codiciados por los reyes y por los grandes, y sus mas lujosos adornos se componian de esos dos ricos metales. La causa debemos creer que provenia de la falta de los principales artículos para explotarlos. Antes de la conquista por los españoles, la cantidad de oro y plata que los indios extraian, era muy corta. Desconocian los aztecas el beneficio por azogue, y como las fundiciones las hacian únicamente en braseros pequeños, sin mas soplo que el que podian dar con la boca, por medio de tubos, algunos hombres que alternaban en el trabajo, los resultados no podian ser sino mezquinos. Por la falta del azogue y de otros objetos indispensables de que carecian los antiguos habitantes de aquellos países, no podian sacar de los ricos minerales que conocemos, sino una parte insignificante de los metales que encerraban. Casi toda la plata que tenian, procedia, bien de la que se encontraba en estado nativo, bien de minerales excesivamente abundantes, que se fundian con mucha facilidad. Nada prueba de una manera mas evidente la dificultad que tenian en extraer el oro y la plata, que la desventajosa proporcion en que esos metales figuraron en los regalos hechos por Moctezuma á Hernan Cortés, á pesar del empeño que tuvo aquel monarca en

presentarle la mayor cantidad posible de los metales referidos. Sufre, por lo mismo, el Sr. Prescott, una equivocación, al asegurar que los expresados minerales y otros, se sacaban «no solo de las incultas masas de la superficie de la tierra, sino de las vetas trabajadas en las sólidas rocas, donde abrían extensas galerías.»

Los habitantes del Anáhuac eran ágiles, sufridos, parcos, de estatura mediana, bien formados, de ojos y pelo negros; de color bronceado claro; de agradables facciones, aunque desfiguradas por los pendientes que llevaban en las orejas, en la nariz y en el labio inferior; ingeniosos y valientes, barbilampiños, infatigables en sus marchas, y si no muy fuertes, sí sanos y ligeros.

No hay más que ver al indio actual, para convencerse de su agilidad, su resistencia en las marchas, y su sobriedad en el comer.

Moctezuma, después de haber sujetado de nuevo á la obediencia á los habitantes de Atlixco, de Tlachauhco, y de haber conquistado la provincia de Achiotlan, pensó, como sus predecesores, en hacer tributaria de la corona de Méjico á la república de Tlaxcala. Viendo sometidos á su poder casi todos los pueblos, no podía tolerar que los tlaxcaltecas fuesen los únicos que siguiesen gobernándose por sí mismos, sin doblar la cerviz á la fuerza poderosa de sus armas.

Por su parte los tlaxcaltecas, conociendo que serían el blanco de la ambición de los reyes mejicanos, se estuvieron preparando á la guerra desde Moctezuma I, poniendo en estado de defensa todas sus poblaciones, y fabricando con actividad admirable, toda clase de armas ofensivas y

defensivas. Las palabras amenazadoras del rey Axayacatl á sus embajadores, manifestando que todos los pueblos tenían que ser tributarios de la corona de Méjico, les obligó á redoblar sus trabajos, á levantar considerables fuerzas, que situaron en las poblaciones de la frontera, á circundar las tierras de la república con grandes fosos, y á fabricar aquella sorprendente muralla de seis millas de largo que, más tarde, llamó la atención de los españoles, y que situada en la parte de Oriente, que era el sitio más peligroso, impedía que la nación fuese invadida.

Los enemigos encarnizados de los tlaxcaltecas, eran sus vecinos los huexotzingos y los cholultecas, en un tiempo aliados suyos, y entonces sus contrarios por envidia y por rivalidad. Los cholultecas, muy especialmente, habían logrado irritar el ánimo de los reyes mejicanos contra la república de Tlaxcala, diciendo que trataba de apoderarse de las provincias marítimas del golfo, con las cuales tenían un comercio activo. El aviso de los cholultecas produjo el efecto que se habían propuesto. Los habitantes de las provincias marítimas referidas eran originarios de Tlaxcala, y sabiendo los gobernantes mejicanos que á ellos recurrían los tlaxcaltecas en solicitud de algodón, cacao y sal, redobló su vigilancia en la frontera para impedir que recibiesen aquellos artículos, aumentó el número de tropas próximas á la república y trataron siempre á ésta con un encono, odio y rigor imponderables.

Con las medidas dictadas por los gobernantes mejicanos, los tlaxcaltecas se vieron privados de todo comercio con las provincias marítimas desde Axayacatl, viéndose preci-